

terribles zipi-zapes, hasta que se hastiaba de volver. En los momentos de mayor desesperación se salía del paso acudiendo al impresor de la «Comedia pastoral» y pidiéndole algunos luses, en nombre de Jacobo; y como el impresor tenía entre manos el famoso tomo de las famosas memorias, y veía que Jacobo continuaba de secretario del de Hacqueville, abría su bolsa sin desconfianza. Así, de Luis en Luis acabó por adelantarles cuatrocientos francos, que unidos á los nuevecientos de la edición, elevaban la deuda de Jacobo á mil trescientos francos.

¡Pobre mamá Jacobo! Cuántos desastres le esperaban á su regreso. Daniel desaparecido, los ojos negros llorando sin cesar, ni un tomo expendido, y un descubierto de mil trescientos francos. ¿Cómo iba á componérselas?... La criolla se inquietaba poco por todo ello; pero á él, á Poquita Cosa, este pensamiento le torturaba de continuo. Era una obsesión, una perpetua angustia. En vano buscaba olvido y consuelo en el aturdimiento y al efecto trabajaba como un presidiario (¡y qué trabajo, Virgen Santa!); en vano estudiaba nuevas bufonadas, nuevas muecas mirándose en el espejo: éste le devolvía la imagen de Jacobo en vez de la suya, y entre las líneas de su papel, en lugar de Langlumeau, Josias y otros personajes por el estilo, leía el nombre de Jacobo, Jacobo, Jacobo y siempre Jacobo.

Todas las mañanas consultaba con terror el almanaque, contando los días que faltaban para el vencimiento del primer pagaré, y decía estremeciéndose:

—¡Sólo un mes... tres semanas no más!...

Pues harto sabía que protestado el primer pagaré, tiraría el diablo de la manta, dando principio entonces al martirio de su pobre hermano. Hasta en sueños le acosaba esta funesta idea. A veces despertaba sobresaltado, oprimido el corazón, inundado de lágrimas el rostro, ante el confuso recuerdo de una terrible pesadilla.

Y esta pesadilla, siempre igual, solía acometerle las más de las noches. Transcurría la escena en un cuarto desconocido, donde había un gran armario con viejos herrajes trepadores. Jacobo estaba allí, lívido, horriblemente lívido, tendido sobre un sofá. Acababa de fenecer. Por allí andaba también Camila Pierrotte, en pie frente al armario, tratando de abrirlo para sacar una sábana; pero no

día y tanteando la cerradura con la llave, decía con voz afligida:

—¡No puedo abrir!... ¡Estoy ciega!... ¡He llorado tanto!...

Esta pesadilla, por más que quería desecharla se sobreponía á su voluntad. Cerraba los ojos y volvía á ver á Jacobo tendido sobre el sofá, á Camila ciega, ante el armario... y al influjo de esos terrores y los consiguientes remordimientos, volvíase más huraño é irritable cada día. Y como, por su parte, no era la criolla muy sufrida, y como además presentía vagamente que se le escapaba, sin conocer á punto fijo de qué manera, y este presentimiento la enfurecía, de ahí que á cada momento tuvieran terribles peloterías, cruzándose gritos é injurias á granel, escenas, en fin, dignas de un batel de lavanderas.

Ella le decía:

—Anda, vete con tu Pierrotte á que te dé corazoncitos de azúcar.

Y él gritaba:

—Vuelve con tu Pacheco, á que te acabe de cortar el labio.

Ella le llamaba:

—¡Patán!

Y él le respondía:

—¡Sin vergüenza!

Pero luego se deshacían llorando, se perdonaban generosos, y al día siguiente vuelta á lo mismo.

Así es como vivían; pero ¡no! así es como sufrían entrambos, sujetos á un mismo grillete, dentro de una misma cloaca... Tal es la cenagosa existencia, tales las miserables horas que hoy desfilan por ante mis ojos, cada vez que tarreo el estribillo de la negra, el extraño y melancólico

«¡Tolocototiñán!... ¡Tolocototiñán!...»

XIII

El rapto

Erase una noche, en el teatro de Montparnasse. Serían como las nueve, cuando Poquita Cosa que había trabajado en la primera pieza, terminada su tarea, subía á su cuarto. Por el camino cruzó con Irma Borel que iba

á salir á escena, radiante, envuelta en guipures y terciopelo, y con el abanico en la mano, como Celimena.

—Ve luego á la sala á verme,—le dijo al pasar,—hoy me siento bien dispuesta... estaré muy guapa.

Encaminóse él á su cuarto para desnudarse. Compartía con dos camaradas este aposento sin aberturas, bajo de techo é iluminado con «schiste». Todo el ajuar lo formaban dos ó tres sillas de paja: colgaban de las paredes algunos fragmentos de espejo, pelucas desrizadas, guñapos con lentejuelas, terciopelo marchito y dorados ajados: por el suelo en un rincón, veíanse frascos de vermellón sin tapa y borlas para darse polvos de arroz, sin plumón...

Un momento hacía que Poquita Cosa estaba en el cuarto y cuando se disponía á desnudarse, oyó al maquinista que desde abajo le llamaba:

—¡Señor Daniel! ¡Señor Daniel!...

Salió de su aposento y asomando el cuerpo por el húmedo pasamano de madera, preguntó:

—¿Qué hay?

Y viendo que nadie le respondía bajó tal como estaba, á medio vestir, embadurnado de blanquete y vermellón y con una gran peluca amarilla encasquetada hasta las cejas...

Al pie de la escalera tropezó con una persona.

—¡Jacobó!—exclamó retrocediendo.

Era Jacobo en efecto... Miráronse un instante sin hablarse.

Jacobó por fin, cruzando los brazos, murmuró con voz dulce, impregnada de lágrimas:

—Pero, ¡Daniel!

No se necesitaba más. Poquita Cosa conmovido hasta las más tenues fibras de sus entrañas, dirigió una mirada á su alrededor como un niño apocado y dijo con voz casi imperceptible:

—Jacobó, sácame de aquí.

Jacobó estremecido, le cogió de la mano y le acompañó fuera. Un simón esperaba á la puerta y se metieron en él.

—¡Calle de las Damas en Batignoles!—dijo mamá Jacobó.

—¡Es mi barrio!—respondió el cochero con alborozo y el coche se puso en movimiento.

Dos días hacía que Jacobó se hallaba en París de re-

greso de Palermo, donde le alcanzó una carta de Pierrotte, que andaba corriendo tras él hacía tres meses por lo menos. Lacónica era la tal carta, limitándose á darle cuenta de la desaparición de Daniel.

Jacobó al leerla lo adivinó todo y se dijo:

—El niño está haciendo majaderías... Será preciso que me llegue allí.—Y sobre la marcha pidió licencia al marqués.

—¡Cómo se entiende!—exclamó el marqués dando un salto. ¿Se ha vuelto usted loco?... ¿Y mis memorias?...

—Ocho días tan sólo, señor marqués, el tiempo de ir y volver: va en ello la vida de mi pobre hermano.

—¿Y qué tengo yo que ver con su hermano de usted? ¿Acaso cuando lo tomé á mi servicio, no se lo advertí?...

—¡Olvida usted sus compromisos?...

—No los olvido, señor marqués; pero...

—No hay pero que valga... Mire que va á sucederle á usted lo que á los otros... Si abandona el puesto por ocho días, no vuelva usted... Con que reflexiónelo bien... Pero mientras tanto, siéntese usted... Voy á dictar.

—Ya lo tengo reflexionado, señor marqués... Me marcho.

—Pues vaya usted enhoramala.

Y aquel intratable viejo tomó el sombrero y se dirigió al Consulado francés en busca de un nuevo secretario. Jacobó partió aquel mismo día.

Llegado á París fuese á la calle Bonaparte.

—¿Está arriba mi hermano?—preguntó al portero que se hallaba en el patio con la pipa en la boca, montado á horcajadas sobre la fuente. El portero púsose á reír, y le contestó con sorna:

—¡Uí!... Quién sabe donde para.

Veíase á las claras que pretendía guardar cierta reserva; pero una moneda de á cien sueldos le hizo abrir el pico, y entonces contó cómo el pequeñín del quinto piso y la señora del principal habían desaparecido, que debían esconderse no sabía donde, en algún rincón de París; pero que de fijo debían vivir juntos, puesto que todos los meses Cucú-Blanc pasaba á recoger lo que hubiera para ellos. Añadió que el señor Daniel al partir se había olvidado de dar el despido y que se adeudaba el alquiler de los últimos cuatro meses, sin contar con algunas otras menudencias.

—Está bien,—dijo Jacobo,—todo se abonará.
Y sin perder momento, sin tomarse ni siquiera tiempo para sacudirse el polvo del viaje, se puso en busca de su Daniel.

Ante todo presentóse al impresor, imaginando que estando como estaba en casa de éste el depósito de la «Comedia pastoral», Daniel debía ir allí con alguna frecuencia.

—Iba á escribir á usted,—dijo el impresor al verle entrar.—Ya sabe usted que dentro de cuatro días vence el primer pagaré.

Jacobo respondió sin inmutarse:

—Sí, ya estoy en ello. Desde mañana me daré una vuelta por las librerías... He de recoger dinero: la venta ha marchado muy bien, según tengo entendido.

El impresor abrió desmesuradamente sus ojos de color azul de Alsacia.

—¿Qué dice usted?... ¿Qué la venta ha marchado bien? ¿Quién se lo ha dicho á usted?

Jacobo palideció, presintiendo una catástrofe.

—¿Ve usted en aquel rincón, aquellos montones de volúmenes? Pues es la edición de la «Comedia pastoral». Cinco meses han transcurrido desde que se puso en venta y no sé que se haya despachado más que un ejemplar. Por fin, cansados los libreros, me han ido devolviendo los tomos que tenían á comisión. Mire usted á estas horas, todo aquello, sólo podrá venderse á peso de papel... ¡Es lástima... tan bien impresol...

Cada palabra de aquel hombre caía sobre la cabeza de Jacobo, como un garrotazo asestado con bastón de alma de plomo; pero recibió el golpe de gracia, al saber que Daniel había usado de su nombre para pedir al impresor dinero prestado.

—Pues, sí señor: aun ayer para no ir más lejos,—añadió el implacable alsaciano,—envió aquí á una negra horrible en demanda de dos luses y yo se los negué, tal como sueña; en primer término porque el misterioso emisario, con su cabeza de deshollinador, no me inspira mucha confianza que digamos, y luego ya comprenderá usted señor Eyssette, que yo no soy tan rico y que ascienden ya á cuatrocientos francos las sumas que tengo adelantadas á su hermano.

—Lo sé,—respondió Jacobo con altivez,—pero no se

inquiete usted, que pronto se le reintegrará de esta cantidad.

Y salió para ocultar la emoción que sentía. Una vez en la calle vióse obligado á sentarse en un guardacantón: las piernas le flaqueaban. Fugitivo su Daniel, perdido su empleo, cantidades á pagar, como el dinero prestado por el impresor, el alquiler del cuarto, el portero, el vencimiento del primer pagaré, todo eso zumbaba en sus oídos y se arremolinaba en su cerebro... De repente se levantó: «Las deudas ante todo, se dijo, esto es lo más urgente». Y á despecho de la execrable conducta que había guardado su hermano con la familia Pierrotte, se fué á verles sin titubear.

Al penetrar en la tienda de la «antigua casa Lalouette» vió Jacobo una cara amarillenta y entumecida detrás del mostrador: al principio no la reconocía; pero al rumor de la puerta, aquella cara se irguió, para ver quien era el que entraba y soltó un atronador: «Es el caso de decirlo» que no podía dar lugar á dudas de ningún género... ¡Pobre Pierrotte! Los pesares de su hija habíanle vuelto otro hombre. Ya no existía el Pierrotte de antes tan jovial y rubicundo. Las lágrimas que venía derramando su hija por espacio de cinco meses al par que habían encendido sus ojos se habían llevado el color de sus mejillas. En sus descoloridos labios la risa estrepitosa de otros días hacía plaza á esa sonrisa fría y muda, sonrisa propia sólo de las viudas y de los amantes abandonados. Ya no era Pierrotte: era Ariana, era Nina.

Por lo demás su persona era la única que había cambiado en la tienda de la «antigua casa Lalouette». Las pastoras pintorreadas y los chinos de bandullo violáceo continuaban riendo con beatitud, colocados en las altas estanterías entre la cristalería de Bohemia y los platos floreados. En los mismos escaparates relucían como antes soperas rechonchas y fuentes de porcelana colorida; y en la trastienda la misma flauta trinaba con la misma discreción de siempre.

—Aquí me tenéis, Pierrotte,—dijo mamá Jacobo procurando dar firmeza á su voz;—vengo á pedirlos un favor inmenso: prestadme mil quinientos francos.

Pierrotte, sin responder palabra, abrió su caja, removió algunos escudos, cerró el cajón y se levantó tranquilamente,

—No los tengo aquí, señor Jacobo: aguardad un instante; voy arriba por ellos.—Y antes de salir, añadió con aire de dolor:—No os invito á subir, porque si os viera la chica se trastornaría.

Jacobo suspiró:

—Tenéis razón, Pierrotte: será mejor que no suba.

Cinco minutos después reaparecía el cevenol con dos billetes de á mil francos, que ponía en manos de Jacobo. Este se negaba á tomarlos.

—Sólo necesito mil quinientos,—decía Jacobo.

Pero el cevenol insistió:

—No me neguéis este obsequio, señor Jacobo, tomadlo todo... Me aferro á la suma de dos mil francos, porque fueron también dos mil los que me prestó la señorita un día para librarme del servicio militar. Si os negárais á aceptarlos... es el caso de decirlo... no había de perdonároslo en todos los días de mi vida.

Jacobo no se atrevió á rehusarlos: se metió el dinero en el bolsillo, y tendiendo la mano al cevenol, le dijo con gran sencillez:

—Adiós, Pierrotte, mil gracias.

Pierrotte le retuvo la mano, y así permanecieron un rato, mirándose de hito en hito, conmovidos y silenciosos. El nombre de Daniel vagaba por los labios de entrambos y no osaban á pronunciarlo, cohibidos por idéntico sentimiento de delicadeza... ¡Ah! ¡Se comprendían tan bien aquel padre y aquella madre!... Jacobo fué el primero en desprenderse suavemente... las lágrimas apuntaban en sus párpados, tenía necesidad de salir á toda prisa. El cevenol le acompañó hasta el pasaje... Una vez allí, el buen hombre no pudo reprimir por más tiempo la amargura que embargaba su corazón, y empezó con tono de reproche: «¡Ah! señor Jacobo... señor Jacobo... es el caso de decirlo...» Pero de puro conmovido no logró traducir su pensamiento, limitándose á repetir dos veces: «¡Es el caso de decirlo!... ¡es el caso de decirlo!...»

Sí, en verdad: era caso de decirlo.

Desde la casa de Pierrotte, Jacobo partió en derecha á la del impresor. Venciendo las protestas del alsaciano se empeñó en devolverle sobre la marcha los cuatrocientos francos prestados á Daniel, y sobre esta cantidad, para no tener que pensar más en ello, liquidó el importe de los

tres pagarés, hecho lo cual y sintiéndose el corazón más aliviado, se dijo:

—Ahora, á buscar al niño.

Era ya muy tarde para empezar sus pesquisas desde aquel mismo momento: además las fatigas del viaje, las emociones de la llegada, una tosecita seca y continua que le minaba la existencia, hacía ya algún tiempo, le traían tan roto y quebrantado, que hubo de encaminarse á la calle de Bonaparte para tomar algún descanso.

¡Ah! Cuando penetró en su cuartito y á los postreros destellos de un caduco sol de Octubre, volvió á ver todos aquellos objetos que le hablaban de su niño adorado, la mesa donde hacía los versos arrimada á la ventana, su vaso, su tintero, sus pipas de tubo corto, como la del abate Germán; cuando oyó los repiques de las buenas campanas de Saint Germain, algún tanto enronquecidas por la niebla; cuando el «Angelus» de la noche, aquel «Angelus» que Daniel amaba tanto, vino á aletear contra los húmedos cristales, ¡ah! lo que entonces sufrió mamá Jacobo, únicamente las madres pueden comprenderlo.

Dió dos ó tres vueltas alrededor del cuarto escudriñándolo todo, huroneando en todos los armarios, con la esperanza de encontrar algún indicio que le pusiera sobre la pista del fugitivo. Pero ¡ay! los armarios estaban vacíos. No había quedado allí más que algunos guñapos. El cuarto revelaba desastre y abandono. Por las trazas Daniel no se había marchado, había huído... Sobre el piso, en un rincón, yacía el candelero, y en la chimenea, entre una porción de papeles medio abrasados, una cajita blanca con filetes de oro. Bien la reconoció aquella cajita: allí guardaba las cartas de los ojos negros. Y ahora la encontraba entre las cenizas. ¡Qué sacrilegio!

Continuando sus pesquisas, desenterró del cajón de la mesa algunos pliegos cubiertos de caracteres irregulares y febriles: la letra de Daniel cuando estaba inspirado.

—Será sin duda un poema,—dijose mamá Jacobo, aproximándose á la ventana para leerlo.

En efecto, era un poema, pero un poema lúgubre, que empezaba así:

«Jacobo, te he engañado miserablemente. Hace dos meses que no hago más que engañarte...» La carta no había sido expedida; mas no por eso dejaba de llegar á su des-

tino. Esta vez la Providencia hacía las veces de correo.

Jacobo la leyó de cabo á rubo, y al llegar al párrafo referente á la contrata de Montparnasse, propuesta con tanto empeño y rehusada con tanta tenacidad, dió un salto de alegría:

—Ya sé dónde está,—gritó, y metiéndose la carta en el bolsillo, acostóse más tranquilo, si bien extenuado por la fatiga, apenas pudo pegar los párpados en toda la noche. Siempre aquella maldita tos... Al primer saludo de la aurora, una aurora otoñal perezosa y fría, se levantó diligente. Tenía su plan trazado.

Recogió los trapos que quedaban en el fondo de los armarios y los metió en su maleta, sin dejarse la cajita de filetes dorados; dió un adiós postrero á la vetusta torre de Saint-Germain, y partió dejándolo todo abierto de par en par: puerta, ventana, armarios para que no quedara ni un átomo de su existencia en aquella morada que otros debían ir á ocupar en adelante. Una vez abajo dió despido del cuarto, pagó los alquileres vencidos, y sin dar respuesta á las insidiosas preguntas del portero, tomó el primer simón que pasaba por allí, y se hizo conducir al «hotel» Pilois, calle de las Damas, en Batignoles.

Hallábase al frente de este establecimiento un hermano del viejo Pilois, cocinero del marqués: allí no se daba hospedaje sino por trimestres, admitiéndose sólo personas bien recomendadas; de suerte, que aquella casa gozaba de una reputación excepcional en todo el barrio. El mero hecho de vivir en el «hotel» Pilois, valía tanto como un certificado de buena conducta. Jacobo, que se granjeara la confianza del Vatel, de la casa de Hacqueville, traía de parte de él á su hermano un canasto de botellas de vino de Marsala.

Esta recomendación fué bastante, de modo que al manifestar no sin embarazo, que deseaba formar parte de los pupilos, asignáronle un precioso cuarto bajo con dos ventanas que daban al jardín del «hotel», iba á decir del convento. El jardín no era muy espacioso: tres ó cuatro acacias, un cuadro de verdura indigente (verdura de Batignoles, al fin), una higuera sin higos, una parra enfermiza y algunas matas de manzanilla hacían todo el gasto; pero, en fin, esto era más que suficiente para alegrar el cuarto, de suyo húmedo y triste...

Jacobo procedió á su instalación sin pérdida de momento: clavó algunos clavos, colocó la ropa blanca, puso un anaquel para las pipas de Daniel, colgó el retrato de la señora Eyssette en la cabecera de la cama, hizo, en una palabra, cuanto estuvo de su parte para desterrar ese aspecto frívolo que inficiona todos los cuartos de alquiler, y hecho acto posesorio, almorzó deprisa y sin tomar asiento, salió en seguida.

De paso advirtió al señor Pilois, que aquella noche excepcionalmente, se retiraría quizás, algo tarde, y le rogó tuviese dispuesta en su cuarto una buena cena con dos cubiertos y vino añejo.

Lejos de alegrarse por ese extraordinario, el señor Pilois se ruborizó hasta el blanco de los ojos, como un vicario el primer año de ejercer su ministerio.

—Ya verá usted...—dijo con cierto embarazo...—yo no sé si sabe usted... Porque la regla de la casa... ¿comprende usted?... Como aquí tenemos eclesiásticos que...

Jacobo no pudo menos de sonreír:

—Ah, sí, sí, ya comprendo... Se asusta usted de que los cubiertos sean dos ¿no es eso? Pues bien, tranquilícese usted, mi querido señor Pilois, que no se trata de ninguna mujer.

Y para sus adentros, al dirigirse hacia Montparnasse se iba diciendo:

—Y bien mirado, ¿qué es sino una mujer, una débil mujerzuela, ese niño sin seso á quien no puede uno dejarle solo?

Dígame ahora en qué basaba mamá Jacobo la firme seguridad que tenía que encontrarme en Montparnasse. Desde el día que escribí la terrible carta aquella, que no llegó á partir, bien podía haberme retirado del teatro, y hasta, si se quiere, no haberme metido á cómico siquiera...

Pues bien, no: lo que encaminaba á Jacobo, era el instinto maternal.

Estaba convencido de que había de dar conmigo allá abajo y de que me arrancaría de allí la misma noche; pero pensaba con razón:

—Para llevármelo debo esperar á que esté solo y procurar que aquella mujer nada sospeche... Por esto, se abstuvo de ir directamente al teatro en demanda de informes.

Los bastidores son muy picoteros: bastaba una palabra, para dar la voz de alerta... Prefirió, para el caso, recurrir á los anuncios y se fué en derechura á consultarlos.

Los carteles de los espectáculos en los suburbios, suelen fijarse á la puerta de las tabernas del barrio, detrás de un enrejado, por el estilo de los edictos matrimoniales en Alsacia.

Jacobo, al leer el de mi teatro, lanzó una exclamación de júbilo.

Aquella noche se daba en el teatro Montparnasse, «María-Juana», drama en cinco actos, desempeñado por las señoras Irma Borel, Desideria Levrault, Guigne, etc., etc., precedido de

«El amor y las ciruelas» «vaudeville» en un acto, por los señores Daniel, Antonio y la señorita Leontina.

—¡Magnífico!—se dijo Jacobo:—no trabajan juntos: el golpe está asegurado.

Y se metió en el café del Luxemburgo á esperar la hora del raptó.

Vino la noche y se encaminó al teatro: la función había comenzado ya, y él, se paseó cerca de una hora por la galería que antecede á la puerta de entrada, entre los guardias municipales.

De vez en cuando llegaban á sus oídos, semejantes al lejano rumor de una granizada, los aplausos del público, y el corazón se le oprimía, al pensar que eran quizás las muecas de su niño lo que provocaba tamañas demostraciones...

A eso de las nueve, una oleada de espectadores se precipitó alborotadamente hacia la calle. Acababa de terminar el «vaudeville» y eran muchos los que salían riendo todavía. Los unos llamaban á los otros silbando y gritando:

—¡Ohé!... ¡Piluitt!... ¡Lala-itú!...

En fin, se oían las vociferaciones todas de la fiera parisiense.

¡Demontre! Al fin y al cabo aquello no era la salida de los italianos.

Jacobo aguardó todavía un rato, mezclado entre la muchedumbre, luego, hacia el término del entreacto, cuando todo el mundo volvía á entrar, se deslizó por un corredor lateral, obscuro y pegajoso, la entrada de los artistas, y preguntó por la señora Irma Borel.

—No puede verse,—le dijeron:—está en la escena... ¡Mamá Jacobo era astuto como un salvaje! Afectando la mayor tranquilidad del mundo, respondió:

—Entonces, ya que no puedo ver á la señora Irma Borel, háganme ustedes el obsequio de advertir al señor Daniel: y le daré el encargo que traigo para ella.

Un minuto después, mamá Jacobo recobraba á su niño, y á todo correr, se lo llevaba al otro extremo de la capital.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

XIV

El sueño

“ALFONSO REYES”

Año. 1825 MONTERREY, MEXICO

—Observa, Daniel,—me dijo mamá Jacobo apenas penetramos en el aposento del «hotel» Pilois:—mira, todo está dispuesto como en la noche de tu llegada á París.

En efecto, lo mismo que entonces nos esperaba un apetitoso refrigerio servido sobre unos manteles sumamente blancos: la empanada olía á gloria, tenía el vino todas las trazas de muy venerable y la clara luz de las bujías sonreía en el fondo de los vasos... No obstante, aquello no era enteramente lo mismo... Hay dichas que no se gozan sino una vez.

El refrigerio era muy parecido; pero se echaba de menos la flor y nata de los comensales de entonces, las dulces efusiones de la llegada, los proyectos de trabajo, los ensueños de gloria, en fin, aquella santa confianza que provoca la risa y aviva el apetito.

Ni un solo convidado, ¡ay! ni uno sólo de los de entonces habíase dignado asistir aquella noche al «hotel» Pilois; todos habían preferido quedarse allá en el campanario de Saint-Germain, hasta el punto de que la expansión, que había prometido participar de la fiesta, á última hora mandó recado de que no vendría.

¡Oh, no! No era lo mismo.

De tal modo hube de comprenderlo así, que la observa-

ción de Jacobo, lejos de regocijarme, me hizo ascender un raudal de lágrimas á los ojos, y estoy más que seguro de que él sentía también vivas ganas de llorar, pero tuvo suficiente valor para dominarse, y tomando cierto tonillo jovial, dijo:

—Ea, Daniel, no llores más: una hora que vienes haciendo lo mismo.

En el carruaje, mientras él me hablaba, no había cesado un solo instante de sollozar, con la cabeza apoyada contra sus hombros.

—¡Vaya un recibimiento!... ¿Sabes que me estás recordando los peores días de mi historia, aquellos tiempos de los frascos de cola y de «Jacobó eres un asno?» Vaya, enjuga tus lágrimas, Magdalena arrepentida, y ve á mirarte al espejo, esto quizás te haga reír.

Me miré al espejo, y lejos de reirme, me avergoncé... Llevaba la amarillenta peluca pegada sobre la frente, las mejillas embadurnadas de blanquete y bermellón y surcadas de sudor y lágrimas. Estaba lo que se dice asqueroso.

Con un gesto de disgusto, me arranqué la peluca de la cabeza é iba á arrojarla, pero hube de reflexionarlo mejor, y la clavé de un clavo, en mitad de una de las paredes del aposento.

Jacobo me observaba lleno de asombro.

—¿Por qué la dejas ahí, Daniel? ¿Sabes que no es muy lindo que digamos ese trofeo de guerrero apache?... Cualquiera que lo vea preguntará si le hemos arrancado el cuero cabelludo á Polichinela.

Y yo con gravedad contesté:

—No Jacobo, eso no será un trofeo. Será para mí, un remordimiento, remordimiento palpable y visible, que quiero tener á la vista de continuo.

Vagó un asomo de sonrisa amarga, por los labios de mi hermano; pero muy pronto recobró su alegre traza.

—¡Bah! echemos todo esto en olvido, y ahora que te has limpiado y que vuelvo á encontrar tu amable gentileza, sentémonos á la mesa, ángel mío de los rizos, porque yo desfallezco de hambre.

Esto no es verdad: él no tenía apetito y yo menos. ¡Oh, Dios mío!

En vano quise poner buena cara al refrigerio; cuanto llevaba á la boca se me atragantaba, y á despecho de cuan-

los esfuerzos hice para permanecer tranquilo, regaba la empanada con mis silenciosas lágrimas. Jacobo que me estaba atisbando con el rabillo del ojo, díjome al cabo de un momento:

—Vamos á ver, ¿por qué lloras?... ¿Te sabe mal haberte reunido conmigo?... ¿Acaso no querías venir?

Yo le respondí anegado de tristeza:

—Mucho me mortifican tus palabras; pero Jacobo, ya sé que te he dado motivo para decirme esto, y aun mucho más.

Durante un buen rato, continuamos comiendo, ó mejor, haciendo como si comiéramos, hasta que por fin, cansados á cual más de fingimientos, Jacobo, apartó el plato y se levantó diciendo:

—Decididamente, el pisolabis no cuaja: con que, creo que será mejor irse á la cama.

Dice un proverbio de nuestra tierra: «Las penas y el sueño no caben juntos en un mismo lecho». Y aquella noche hube de experimentar cuán atinado anda el tal refrán.

Mis penas se acibaraban al pensar en los inmensos beneficios que me había dispensado mamá Jacobo, y en mi pésimo comportamiento, comparando mi vida con la suya, mi egoísmo con su abnegación sublime, mi espíritu de niño pusilánime con su corazón heroico, que tenía por divisa:

«La mejor dicha, del mundo, es la que gozan los demás.»

Y no cesaba de decirme:

—Mi vida está ya gastada: he perdido la confianza de Jacobo, el amor de los ojos negros, la estimación de mí mismo... ¿Qué va á ser de mí, Dios mío?...

Tan espantoso tormento me tuvo en insomnio hasta que amaneció... Jacobo tampoco dormía... Ofíale agitarse, agitarse de continuo sobre la almohada, volviéndose tan pronto á la derecha como á la izquierda, y tosiendo de vez en cuando, con una tosecita seca, que me daba picazón en los ojos.

Una vez le dije en voz queda:

—¿Cómo toses, Jacobo?... ¿Te sientes mal?

Y me respondió:

—No es nada... duermeme...

Comprendí por el tono de su respuesta que estaba más enfadado conmigo de lo que quería aparentar. Esta idea dió creces á mi martirio, y me puse á llorar, solito, arrebujado en el cobertor, y lloré tanto, tanto, que acabé por adormecerme.

Si las penas quitan el sueño, las lágrimas obran como un narcótico.

Al despertarme, era ya de día. Jacobo no estaba á mi lado.

Creí que había salido; pero al separar las cortinas, le vi tendido sobre el canapé... ¡Oh! ¡qué palidez, Dios mío!... ¡qué palidez era la suya! No sé qué horrible idea cruzó por mi cerebro.

—¡Jacobó!—exclamé lanzándome hacia él.

Dormía, y al grito que dí, no despertó. ¡Cosa rara! Su rostro, á través del sueño, reflejaba una expresión de sufrimiento y de tristeza, que sin habérsela observado en mi vida, no era nueva para mí. Sus facciones adelgazadas, su desencajada faz, la lividez de sus mejillas, la transparencia enfermiza de sus manos daban pena; pero una pena singular que ya otra vez había sentido.

No obstante, Jacobo nunca había estado enfermo. Hasta entonces, jamás había visto aquel cerco amoratado alrededor de sus ojos, aquel semblante descarnado.

—¿En qué mundo anterior habrás tenido tú semejante visión?...—me preguntaba.

De improviso me asaltó el recuerdo de la pesadilla.

Sí, Jacobo, estaba allí tal como lo soñara, lívido, horriblemente lívido, tendido sobre el canapé, en el momento de fenecer... Jacobo acaba de morir, y tú, Daniel Eyssette, tú lo has matado...

En este instante, penetra con timidez por un resquicio de la ventana un tenue rayo de sol y se pasea como un lagarto por aquel rostro yerto, inanimado... ¡Oh, ventura! El difunto resucita, se restrega los ojos, y viéndome en pie, á su lado, me dice sonriendo apaciblemente:

—¡Buenos días, Daniel!... ¿Qué tal has dormido?...

Yo tosía mucho, y me he trasladado al canapé para no despertarte.

Y en tanto que hablaba así tan tranquilo, á mí me tiemblan las piernas ante la espantosa visión que acabo de tener, y en lo más íntimo de mi alma, exclamo:

—¡Dios eterno! Conserva la vida de mamá Jacobo.

A despecho de un despertar tan triste, la mañana transcurrió con bastante alegría. Supimos hallar aún algún eco de las risas francas de aquellos tiempos; al ir á vestirme y notar que no poseía más ropa que unos calzones cortos de fustán y un chaleco escarlata sumamente largo, desechos teatrales que llevaba puestos al realizarse el rapto.

—Pardiez, chico,—dijo Jacobo;—uno no atina en todo. Sólo los Tenorios, sin pizca de delicadeza, cuando roban á una hermosa, se acuerdan de su hatillo. Pero no te inquietes. Voy á hacerte vestir de nuevo... ¿No ves? ¡Cuando te decía que iba á suceder lo mismito que el día de tu llegada á París!...

Si tal hablaba era sólo con el objeto de distraerme, pues en el fondo sentía como yo, que aquello no era lo mismo. ¡Oh, no! ¡Buena diferencia había!

—Ea, Daniel,—continuó mi buen Jacobo, viéndome nuevamente ensimismado;—¡qué demontre! Lo que ha sido, ha sido. Mira, se abre ante nosotros una nueva existencia; abordémosla sin volver la vista atrás y sin desalientos, cuidando sólo de que no venga á jugarnos las mismas tretas que la antigua... No he de preguntarte qué es lo que en adelante piensas hacer; pero se me antoja que si intentaras dar comienzo á un nuevo poema, no habías de encontrar en París, sitio más á propósito que éste para escribirlo. ¡Tenemos un cuarto tan tranquilo!... y los pájaros del jardín cantan de un modo!... Con que, no hay más que arrimar la mesa de los versos á la ventana...

Interrumpíle con viveza:

—No Jacobo, no más poemas, no más versos... Esas fantasías te cuestan demasiado caras. Si algo deseo en estos momentos, es hacer lo que tú; trabajar, ganarme la vida y ayudarte con todas mis fuerzas á reconstruir el hogar de la familia.

Jacobó, sonriente y tranquilo, repuso:

—Donoso proyecto, señora mariposa azul; sólo que no es eso lo que se os pregunta. Aquí no se trata de que os ganéis el sustento, y con que sólo me prometierais... Pero, ¡basta! Después hablaremos de eso. Ahora lleguémosnos á comprar el traje.

Para salir hube de envolverme en uno de sus levitones que me caía hasta los tobillos, dándome todas las trazas

de un músico piamontés. Sólo me faltaba el arpa. Si algunos meses atrás hubiese tenido que salir á la calle de tal suerte, habríame muerto de vergüenza; pero, á la sazón, otros eran mis quebraderos de cabeza; y bien podían reirse á mi paso los pícaros ojos de todas las mujeres: ya no era yo el mismo hombre de los chanclos de goma... ¡Oh, no!... ¡no era el mismo hombre!

—Ahora que estás vestido como un cristiano,—dijo mamá Jacobo, al salir de la prendería,—te dejaré en el hotel Pilois, mientras yo me llegaré á ver si el ferretero, cuyos libros llevaba antes de partir, consiente en ocuparme de nuevo. El dinero de Pierrote no ha de durar eternamente, y precisa pensar en el puchero.

Tenía fuertes ganas de decirle:

—Bueno, Jacobo, ve á ver al ferretero y yo me iré solo á casa.

Pero comprendí, que si me acompañaba era para asegurarse de que no enderezase mis pasos á Montparnasse. ¡Ah, si hubiese podido leer en el fondo de mi alma!

A fin de tranquilizarle me dejé acompañar hasta el «hotel»; pero apenas hubo vuelto los talones, ya estaba de nuevo en la calle. También yo tenía que hacer alguna diligencia.

Regresé algo tarde. Por entre la bruma del jardín paseábase una sombra con agitación... Era mamá Jacobo.

—Mira, has hecho bien en volver,—me dijo tiritando,—en este momento iba á salir para Montparnasse.

De pronto me encolericé.

—Tú dudas de mí, Jacobo, y esto francamente, revela escasa generosidad... ¿Hemos de seguir así? ¿No me has de dispensar nunca ya tu entera confianza?... Jacobo, júrote por lo que más amo en el mundo, que no he ido donde quizás te figuras, pues, aquella mujer, para mí ha muerto y no he de verla nunca más; tú me has reconquistado por completo, y de aquel horrible pasado, del cual me arranca tu ternura, nada me queda que echar de menos, y si muchos y atroces remordimientos, ¿He de decirte algo más para llevar el convencimiento á tu ánimo? Por Dios, no seas cruel conmigo... Si pudiese abrirte las paredes de mi pecho, pronto habrías de ver que no te engaño.

No recuerdo á punto fijo lo que me contestó; sólo tengo

presente que, entre la bruma, sacudía la cabeza con frieteza, como para decirme:

—¡Oh! yo bien quisiera creerte...

Y no obstante le hablaba con absoluta sinceridad. Inútil decir que por mí sólo, nunca hubiera tenido el valor bastante para desasirme de aquella mujer; pero rota ya la cadena que á ella me sujetaba, sentía un alivio inexplicable. Me sucedía lo que á uno de aquellos infelices que intentan suicidarse con carbón encendido, y que en el posterior momento se arrepienten, cuando es ya demasiado tarde, y la asfixia les ahoga y paraliza todos sus movimientos. De súbito se reúnen los vecinos, salta la puerta hecha añicos, una corriente de aire salvador invade el aposento, y los suicidas lo absorben con delicia, dándose por muy dichosos de vivir y jurándose no volver á las andadas. Así yo, después de cinco meses de asfixia moral, sorbía con fruición el aire puro y sano de la vida honrada, mis pulmones se dilataban, y juro, por Dios, que malditas las ganas que tenía de volver á la mala vida... Esto es lo que Jacobo no podía creer, y todos los juramentos del mundo, hubieran sido ineficaces para convencerle de mi sinceridad. ¡Pobre muchacho! ¡Estaba tan escamado!

Pasamos esta primera velada en casa, sentados á la lumbre, como en el rigor del invierno, pues el aposento era bastante húmedo y el relente del jardín nos penetraba hasta los tuétanos. Además, sabido es que un poquito de fuego es de buen ver estando triste... Jacobo trabajaba, hacía números. Durante su ausencia, el ferretero había probado de llevarse la contabilidad por sí mismo, resultando tales garabatos y un galimatías tan atroz entre el «debe» y el «haber», que era menester lo menos un mes de trabajo extraordinario para poner las cosas como Dios manda. Como es de suponer, yo habría deseado vivamente poder ayudar á mamá Jacobo en esta operación engorrosa; pero lo que menos saben las mariposas azules, es aritmética, y tras de una hora de andar á cachetes con aquellos enormes libros comerciales, rayados de carmín y atestados de informes geroglíficos, hube de tirar la pluma.

En cambio, Jacobo sabía cumplir admirablemente tan árida tarea. Bajando la cabeza, cargaba sobre lo más espeso de las cifras, y no retrocedía ni ante las columnas cerradas más formidables. De vez en cuando, en medio de

su trabajo, se volvía á mí, diciéndome, algo inquieto por mis mudas abstracciones:

—¿Verdad que estamos bien?... Supongo que no te aburres ¿eh?

No me aburría, es cierto; pero estaba triste, viéndole tomarse tanta pena, y lleno de amargura pensaba:

—¿De qué sirvo en la tierra? Nada hago de mis brazos... Ni siquiera me gano el aire que respiro... No sirvo más que de tormento á todo el mundo, y para dar que sentir á todos los seres que más me quieren.

Y mientras tal decía, pensaba en los ojos negros, y ponía los míos, llenos de dolor, en la cajita de filetes dorados que Jacobo colocara, quizás de intento, sobre la cuadrada cúpula del reloj de sobremesa. ¡Ah! cuántas cosas me recordaba aquella caja! ¡Qué elocuentes discursos me dirigía de lo alto de su zócalo de bronce!

—Los ojos negros diéronte su corazón ¿qué hiciste de él?—me preguntaba.—¡Ah! se lo diste á comer á los animales... ¡Se lo zampó Cucú-Blanc!

Pero como quiera que aun guardaba en el fondo de mi espíritu un germen de esperanza, me afanaba por devolver la vida y reanimar con mi aliento pasadas dichas, muertas á mis manos. A veces me decía:

—Quizás aun sea tiempo. Tal vez si los ojos negros me viesen postrados á sus plantas, aun me perdonarían... Pero la malhadada cajita era inexorable y repetía sin cesar:

—Cucú-Blanc se lo zampó... Cucú-Blanc se lo zampó...

Aquella interminable vela, tan melancólica, pasada ante la lumbre, trabajando y divagando, os dará una idea del nuevo género de vida que habíamos de llevar en adelante... Los días sucesivos se parecieron todos á la velada aquella... Entiéndase bien, que el que fantaseaba no era Jacobo. Este, se pasaba diez horas por lo menos engolfado en los grandes libros, bregando con los dichosos números. Yo, en tanto, atizaba el fuego, y atizándolo, decía á la cajita con filetes dorados:

—Vamos á charlar un rato de los ojos negros... eh, ¿te parece bien?... Hablar de esto con Jacobo, ni por pienso... Con un pretexto ú otro hallaba siempre manera de esquivar toda conversación encaminada al asunto. De Pierrotte, ni una palabra tampoco... nada enteramente. No es extraño, pues, que me desquitara con la cajita, y que mis coio-

quios con ella, no fuesen fin ni término. A eso de mediodía, cuando más atareada estaba mamita con sus números, me escurría á paso de gato, llegaba á la puerta furtivamente y decía:—Jacobo, hasta luego.

Ni una sola vez me preguntó á donde iba; pero en la cara que ponía, en el tono lleno de inquietud con que preguntaba:—¿Te vas?

Conocíase de sobras que no tenía gran confianza en mí. El recuerdo de aquella mujer le acosaba de continuo, y debía pensar:

—Si vuelve á dar con ella, estamos perdidos.

Y ¡quién saber! Tal vez tenía razón. Quizás si hubiese vuelto á ver á aquella bruja, habría sido víctima de los maleficios y hechizos que ejercía sobre mi pobre ser con sus guedejas de oro y mate y el blanco lunar que ostentaba junto al labio. Pero Dios me libró de volver á verla. Supongo que algún nuevo señor de Ocho-á-Diez la consolaría de haber perdido á su Dani-Dán, y nunca más, absolutamente nunca más, of hablar de ella, ni de la cacatua, ni de la negra Cucú-Blanc.

Una tarde, al regresar de una de mis misteriosas excursiones, entré en el aposento, lanzando un grito de alborozo:

—¡Jacobo! ¡Jacobo! Buenas noticias... Ya tengo colocación. Diez días he andado de zeca en meca en su busca. Por fin dí con ella. Tengo una plaza... Desde mañana entro de celador general en el colegio Ouly de Montmartre, ahí cerca, á los pasos... Estar ocupado desde las siete de la mañana á las siete de la noche... Comprendo que es muy sensible tener que estar separados tanto tiempo; pero á lo menos me ganaré el sustento y podré aliviarte un poco.

Jacobo apartó un instante la cabeza de las cifras y me dijo con bastante frialdad:

—Chico, haces perfectamente viniendo en mi auxilio... Para un hombre solo, la carga era hartó pesada. Y además no sé que me ha dado; pero de algún tiempo acá estoy hecho un zancarrón.

Un violento acceso de tos, impidióle proseguir. Dejó caer con tristeza la pluma de sus manos y se tumbó sobre el canapé... Al contemplarle tendido, pálido, horriblemente pálido, se me presentó nuevamente la horrible visión, si bien duró lo que un relámpago... pues casi al propio

tiempo mamá Jacobo se levantaba, echándose á reír al verme tan azorado.

—No es nada, tontuelo... Estoy un poquito fatigado...

He trabajado tanto en estos últimos tiempos! Pero ¡bah! ahora que tienes colocación me lo tomaré con más cachaza, y ya verás como dentro de ocho días me encuentro enteramente restablecido.

Se expresaba con tal naturalidad y ponía una cara tan risueña, que se desvanecieron mis tétricos presentimientos, tanto que durante un mes, por lo menos, dejaron de agitar sus alas negras dentro de mi cráneo.

Al día siguiente entré en el colegio Ouly.

A despecho de su pomposo título, era el tal colegio Ouly una escuela de mala muerte; casi diré de broma, al frente de la cual se hallaba una vieja mogigata, á quien llamaban los niños la «amiguita». Concurrían á la escuela como unos veinte rapazuelos pequeños á todo serlo, de aquellos que van á clase con su merienda en un cesto, y siempre llevan una punta de camisa fuera. Tales eran nuestros alumnos. La señora Ouly les enseñaba á cantar, y yo les iniciaba en los misterios del alfabeto, estando además encargado de vigilarles durante los recreos que se daban en un patio por donde andaban algunas gallinas y un pavo, que amedrentaban no poco los tiernos señoritos.

A veces también, por poco que la gota molestara á la «amiguita», era yo quien tenía que barrer la clase, tarea asaz indigna de un celador general; más al fin la llenaba sin disgusto, tan dichoso me consideraba de poder ganarme el sustento... Todas las noches al retirarme al hotel Pilois hallaba la comida en la mesa y á mamá Jacobo esperándome... Después de comer, dábamos un par de vueltas por el jardín, y luego velábamos junto á la chimenea... Tal era la vida que llevábamos. A intervalos recibíamos carta de papá ó mamá. Cada carta suya era un acontecimiento. Mamá continuaba viviendo en compañía del tío Bautista; el señor Eyssette andaba viajando aún por cuenta de la «Compañía Vinícola». Los negocios no iban del todo mal. Las tres cuartas partes de las deudas de Lyon estaban satisfechas. Era de esperar que dentro de un año ó dos todo quedaría saldado y podríamos pensar en reunirnos nuevamente.

En tanto, mi único empeño se cifraba en que la señora

Eyssette se viniera á con nosotros al «hotel Pilois»; pero Jacobo se oponía:

—¡No! Todavía no,—decía con singular tenacidad,—aun no es tiempo, esperemos un poco.

Y esta respuesta, me torturaba las entrañas.

—Aun desconfía... Teme que estando mamá aquí no vaya á descolgarme con alguna nueva locura... Por eso no quiere que venga...

¡Ah! ¡Cuánto me engañaba! No era por esto, no, por lo que Jacobo repetía:—¡Aguardemos!

XV

.....

Si tienes ¡oh lector! el alma acorazada y te ríes de los sueños y no has sentido nunca tu corazón mordido—hasta arrancarte fieros gritos—por el presentimiento de lo futuro; si te precias de hombre positivo, ó te ufanas de tener una de aquellas cabezas de bronce sensibles tan sólo ante la realidad tangible é incapaces de albergar pizca de superstición; si en ti se estrella toda creencia sobrenatural, y lo que no puede explicarse te repugna, no acabes de leer las presentes memorias. No obstante, lo que voy á relatar en estos últimos capítulos, es cierto como la eterna verdad; pero tú no querrás creerlo.

Erase el día cuatro de Diciembre.

Regresaba del Ouly más deprisa que de ordinario, pues por la mañana había dejado á Jacobo en casa, quejándose de un gran desfallecimiento, y ardía en deseos de saber de él. Al atravesar el jardín, tropecé con las piernas del señor Pilois, que se hallaba en pie á poca distancia de la higuera, conversando en voz baja con un caballero gordiflón, bajo y patudo, que al parecer sudaba la gota gorda para abrocharse los guantes.

Iba á pedirle que me dispensara, para seguir adelante, cuando el patrón me detuvo

—Señor Daniel, una palabra.

Y volviéndose á su interlocutor, añadió.

—Este es el joven de quién hablábamos: creo que no stará de más que usted le entere...

Me detuve vivamente intrigado. ¿De qué había de enterarme aquel sujeto gordo?... ¿De qué sus guantes eran demasiado estrechos para sus manazas?... Vive Dios que no veía la necesidad, pues esto saltaba á la vista...

Hubo un momento de silencio y de visible embarazo... El señor Pilois, alzando la nariz, paseaba la mirada por la higuera, como si tratase de descubrir no sé qué higos imaginarios. El hombre de los guantes continuaba tirando de los ojales... Por fin abrió la boca y se dispuso á decir algo, siempre entretenido con los dichosos botones, por supuesto.

—Caballero,—me dijo,—veinte años hace que visito á los huéspedes del «hotel» Pilois, y á fuer de médico casi me atrevo á asegurar...

Le interrumpí bruscamente: la palabra «médico», me lo reveló todo.

—Habrá venido usted por mi hermano—le dije tiritando.—¿Verdad que está muy malo?

No tengo motivo alguno para creer que el tal médico fuese un hombre sin entrañas; pero en aquellos momentos lo único que le preocupaba eran sus guantes, y sin echar de ver que se dirigía al hijo de Jacobo, sin tratar siquiera de amortiguar la impresión, me respondió brutalmente:

—¿Que si está malo? Ya lo creo... Como que no pasará de esta noche.

¡Terrible golpe me asestó aquel hombre! la casa, el jardín, el señor Pilois y el médico, todo empezó á girar á mi alrededor, tanto que me ví en la necesidad de buscar un punto de apoyo en el tronco de la higuera... ¡Qué muñeca y qué puño tenía el condenado doctor del «hotel» Pilois! No obstante, creo que no se dió cuenta de nada, puesto que continuó abrochándose los guantes con la mayor imperturbabilidad del mundo, y diciendo:

—Es un caso fulminante de tisis galopante... No hay nada que hacer, se entiende, nada serio... Por otra parte, cuando me han llamado ya era tarde, como de costumbre.

—A fe que no ha sido culpa mía, señor doctor,—repuso el buen señor Pilois que continuaba cazando higos con

suma atención y persistencia, cual si con ellos tratase de esconder sus lágrimas.—¡Y cómo podía ser por culpa mía! No hacía poco tiempo que le veía muy enfermo á ese pobre señor Eyssette, y que le aconsejaba que llamara al médico... Siempre se negó... Yo creo que tenía miedo de alarmar á su hermano... Ya se ve: ¡se quieren tanto esos chicos!

Brotó un terrible sollozo del fondo de mis entrañas.

—Ea, hijo mío, ánimo—me dijo el hombre de los guantes.—La ciencia ha dicho su última palabra; pero aun queda la naturaleza... Vaya, señores, hasta mañana por la mañana.

A estas palabras siguió una pirueta y se ausentó lanzando un suspiro de satisfacción. Acababa de abrocharse un guante.

Permanecí todavía un instante en el jardín para secarme los ojos y recobrarme algún tanto; luego reuniendo todo el valor de que era susceptible, entré en el cuarto con actitud estudiada.

¡Ay! Lo que ví, al pasar la puerta me aterró, Jacobo, sin duda con el intento de dejarme libre la cama, había mandado poner un colchón sobre el canapé y allí me lo encontré, lívido, horriblemente lívido, igual al Jacobo de la pesadilla...

Lo primero que se me ocurrió, fué arrojarme sobre él, cogerle entre mis brazos y trasladarlo á la cama, á cualquier sitio, no importa; pero sacarle de allí, de un modo ú otro, sacarle de allí. ¡Dios mío!... Más en seguida hube de reflexionar y convencerme de que no podría, pues dadas mis fuerzas era demasiado hombre. Y al ver á mi segunda madre, á mi pobre Jacobo, tendido sin remisión en aquel sitio mismo, donde el sueño me reveló que había de sucumbir, las fuerzas me abandonaron; aquella máscara de fingida jovialidad que se nos pega al rostro para tranquilizar á los moribundos, se desprendió de mis mejillas, y caí de hinojos junto al canapé vertiendo lágrimas á raudales.

Jacobo se volvió hacia mí, con bastante pena.

—¿Eres tú, Daniel?... Habrás encontrado al médico ¿verdad? Y no obstante, tanto como le insté á aquel gordiflón que no te alarmara... Ya veo en tu semblante que no habrá hecho nada de cuanto le encomendé... y que lo

sabes todo... Dame la mano, Danielín... ¡Diantrel! ¿Quién había de imaginarlo?... Las gentes suelen ir á Niza á curarse las afecciones del pecho, y yo he ido allí á pescar una... ¿Habrás caso más raro?... Pero por Dios, Daniel, no te aflijas... vas á hacerme perder el poco valor que me resta, ten en cuenta que ya no soy tan animoso como antes... Esta mañana, poco después de tu partida, comprendí que esto se iba... Mandé por el párroco de San Pedro, ha venido y volverá en breve á traerme los sacramentos... Esto en parte consolará á mamá ¿comprendes?... ¡Ah! es un buen hombre ese sacerdote... Se llama lo mismo que tu amigo ¿sabes?... tu amigo del colegio de Sarlande... No pudo decir más: su cabeza cayó inerte sobre la almohada y cerró los párpados. Pensé que iba á morir y me puse á gritar:

—¡Jacobol! ¡Jacobol!... ¡Hermano mío!... Distintas veces me indicó con la mano que me callase.

A poco se abrió la puerta y precedido por el señor Pilois, un hombre obeso rodó como una bola hasta el canapé, gritando:

—Señor Jacobo, señor Jacobo... ¿es verdad lo que me han dicho?... ¡Ah! Es el caso de decirlo...

—Buenas, Pierrotte,—dijo Jacobo, desentornando los párpados—muy buenas, amigo mío... ¡Ah! Ya sabía yo que á la primera señal habíais de venir. Déjale que se coloque ahí, Daniel, tenemos que hablar.

Pierrotte inclinó su cabezorra sobre los descoloridos labios del moribundo y así permanecieron largo rato cuchicheando. Contemplábalos yo, inmóvil, en mitad de la estancia. Aun tenía los libros debajo del brazo. El señor Pilois me los quitó suavemente, diciéndome no sé qué: luego encendió dos velas y cubrió la mesa con una gran toalla blanca. Yo me preguntaba:

—¿Por qué pondrán la mesa?... ¿Si se habrán figurado que vamos á comer?... Ah, lo que es yo no tengo apetito.

Anochece. En el jardín las gentes de la casa gesticulaban señalando nuestras ventanas: Jacobo y Pierrotte seguían hablando... Alguna que otra vez oía al cevenol diciendo con su vozarrón impregnado de llanto:

—Sí, señor Jacobo... sí, señor Jacobo.

Pero no me atrevía á aproximarme; Jacobo por fin me

llamó y me hizo colocar en la cabecera, al lado de Pierrotte.

—Querido Daniel,—me dijo después de una prolongada pausa,—nada me contrista tanto como tener que abandonarte; pero una cosa me consuela y es que no te dejes solo en el mundo... De hoy, más tendrás á Pierrotte, al buen Pierrotte, que te perdona y se obliga á reemplazarme cerca de ti.

—Sí, sí, señor Jacobo, vaya si me obligo... es el caso de decirlo... me obligo á ello.

—Ya lo ves, mi pobre pequeñín,—continuó mamá Jacobo,—sé muy bien que nunca llegarías por ti solo á reconstituir el hogar de la familia... No creas que te lo diga por apesadumbrarte, sino porque te tengo por un pobre reconstructor de hogares... Pero espero que mediante la ayuda de Pierrotte ya será otra cosa y podrás realizar el hermoso ensueño de toda nuestra existencia. No te exijo que trates de ser hombre, pues opino como el abate Germán que has de ser niño mientras vivas. Pero lo que sí te ruego es que seas siempre bueno, y sobre todo... Acércate, quiero decirte al oído... Y sobre todo que cuides de no hacer llorar á los ojos negros.

Aquí, mi adorado hermano hizo una pausa, y luego repuso:

—Cuando todo haya concluido escribirás á papá y mamá. Pero no les des la noticia de sopetón, sino poquito á poco. Si se lo comunicaras todo de una vez, tendrían un pesar muy grande. ¿Comprendes ahora porque me oponía á mandar por la señora Eyssette?... No quería que se hallase aquí en este momento. Malos trances para las pobres madres...

Interrumpióse y dirigiendo la vista á la puerta:

—Aquí está Dios Nuestro Señor,—exclamó.

En efecto, llegaba el Viático: la hostia y los santos óleos fueron depositados sobre la blanca toalla entre los dos cirios. Después el sacerdote se encaminó al lecho y principió la ceremonia.

Al acabar, ¡oh! ¡cuán largo se me hizo aquel momento! Jacobo me llamó á su lado con dulzura.

—Dame un beso,—me dijo, y su voz era tan débil, que no parecía sino que me hablaba desde lejos...

Lejos debía estar en efecto, después de muy cerca de doce horas de llevárselo á triple galope la horrenda tisis galopante sobre su escuálida grupa, camino del sepulcro.

Entonces, al acercarme para besarle, mi mano tropezó con la suya, con su adorada mano, húmeda ya de los sudores de la agonía. Se la cogí y ya no hube de soltarla... Así permanecemos ignoro cuanto tiempo, quizás una hora tal vez una eternidad, no sé... Ya no me veía, ya no podía hablarme, únicamente á veces, su mano se agitaba entre la mía, como para decirme:

—Ya veo que estás ahí.

De improviso un prolongado estremecimiento sacudió su pobre cuerpo desde la cabeza á los pies. Ví abrirse sus ojos en redondo y mirar á su alrededor cual si buscara algo; y como me inclinase sobre él, le oí decir dos veces con voz casi imperceptible:

—¡Jacobo eres un asno! ¡Jacobo eres un asno!...

Y luego nada. Había espirado... ¡Oh!... ¡La pesadilla!...

Aquella noche hacía mucho viento. Diciembre arrojaba puñados de granizo contra los cristales de las ventanas. Sobre la mesa, á un extremo del cuarto, brillaba un crucifijo de plata entre dos velas. Arrodillado ante la imagen, un sacerdote desconocido oraba en alta voz, destacándose su rezo entre los bramidos del viento. No oraba yo, ni tampoco lloraba... No tenía á la sazón más que una idea, una idea fija, la de reanimar la mano de mi adorado Jacobo, que conservaba cerrada estrechamente entre las mías... ¡Ay de mí!... á medida que se acercaba la madrugada, aquella mano tornábase más glacial y rígida.

De repente el sacerdote que al otro extremo del cuarto rezaba latines ante el crucifijo, se levantó y vino á golpearme en el hombro.

—Prueba de rezar,—me dijo.—Esto te hará bien.

Hasta entonces no le reconocí. Era mi bueno y antiguo amigo del colegio de Sarlande, el abate Germán en persona, con su hermoso rostro mutilado y todo el aspecto de un capitán de dragones envuelto en una sotana... Hasta tal punto el sufrimiento me había atontado, que su presencia allí no me produjo el menor asombro. Al contrario, me parecía muy natural que estuviese. Ved como fué:

Cuando Poquita Cosa salió del colegio ya recordáreis que el abate Germán le dijo:

—También yo tengo un hermano en París... es un hombre de bien... un sacerdote... Pero ¡bah! ¿A qué darte las señas de su casa?... Tampoco irías á verle...

¡Lo que son las cosas! El hermano del abate era precisamente párroco en la iglesia de San Pedro de Montmartre, á él llamó mi pobre hermano Jacobo desde su lecho de muerte. Justamente á la sazón, el abate Germán se hallaba en París de paso, hospedándose en la casa rectoral... La noche del 4 de Diciembre, al recogerse, su hermano le dijo:

—Acabo de administrar los santos óleos á un pobre joven, que se está muriendo, ahí, á dos pasos. Mañana tendremos que orar por él.

El abate contestó:

—Procuraré tenerle presente en el ofertorio de mañana. ¿Cómo se llama?

—Aguarda: un nombre del Mediodía bastante difícil de retener... Jacobo Eysset... Sí, eso es: Jacobo Eyssette...

Este nombre hubo de recordar al abate el de cierto ayo pequeñín, antiguo conocido suyo, y sin pérdida de momento se encaminó al hotel Pilois. Al entrar vióme en pie, cogido á la mano del cadáver. No quiso perturbar mi dolor y despidió á todo el mundo, diciendo que se quedaría á velar conmigo; luego se arrodilló, hasta que á una hora ya muy avanzada de la noche, alarmado por mi silencio y por mi inmovilidad, vino á golpearme en el hombro, dándose á conocer.

Desde este instante no puedo precisar lo que pasó. El final de aquella horrible noche, el día siguiente y el de más allá y otros muchos más, apenas si han dejado en mí uno que otro recuerdo borroso y confuso. Hay un gran vacío en mi memoria.

Recuerdo sólo,—aunque vagamente, como si fuesen cosas de otros siglos,—una prolongada é interminable caminata sobre los lodazales de París, en pos de un coche fúnebre. Se me figura verme marchando con la cabeza descubierta, entre Pierrotte y el abate Germán: una lluvia glacial entremezclada de granizo nos azotaba el rostro: Pierrotte empuña un ancho paraguas; pero lo aguanta tan torpemente y es tan recia la lluvia, que la sotana del aba-

se chiorrea, reluciente. Va lloviendo... lloviendo... Dios mío; ¡cómo llueve!

A corta distancia de nosotros medio pegado al carruaje marcha un señor alto, vestido de negro, empuñando una varilla de ébano: es el maestro de ceremonias, ó como si dijéramos, el gran chambelán de la muerte. Al igual que todos los chambelanes ciñe espada y lleva manto de seda, calzón corto y clac. ¿Será alucinación mía? Encuentro el parecido de este hombre muy semejante al señor Viot, ceador general del colegio de Sarlande. Tiene su misma estatura, ladea como él la cabeza sobre el hombro y cada vez que me mira, se dibuja en sus labios la sonrisa glacial y falsa, que vagaba en los del terrible llavero del colegio. Tal vez no sea el señor Viot; será su sombra.

El fúnebre carruaje avanza en su camino... pero tan lentamente... No parece sino que nunca acabaremos de llegar. Por fin, nos encontramos en un triste jardín cubierto de amarillento lodo en el cual nos hundimos hasta los tobillos. Hacemos alto al borde de una fosa. Dos hombres con capa corta conducen en brazos un ataúd grande y pesado que es preciso bajar al hoyo. Difícil operación; pues las cuerdas envaradas por la lluvia, apenas resbalan. Oigo á uno de aquellos hombres que grita:

—¡Los pies delante! ¡Los pies delante!

Y enfrente, al otro lado de la fosa, se yergue la sombra del señor Viot, con la cabeza ladeada y sonriéndose melosamente. Alto y adelgazado, con su traje de luto pegado al cuerpo, se destaca sobre el cielo ceniciento, como una enorme langosta negra y empapada.

Luego me encuentro solo al lado de Pierrotte. Seguimos por el arrabal Montmartre abajo. Pierrotte busca un carruaje y no lo encuentra. Yo marchó á su lado, sombrero en mano; se me figura andar aún detrás del féretro. A través del arrabal las gentes se vuelven para contemplar á aquel hombre obeso, que pide un simón por misericordia, con lágrimas en los ojos y á aquel niño, que le sigue, desnuda la cabeza á la batiente lluvia.

Y vamos andando, andando siempre. Me siento postrado, la cabeza me pesa enormemente. Por fin, ahí está el pasaje del Salmón, ved la antigua casa Lalouette con sus pintadas contraventanas, chorreando verdes gotas de agua. Sin detenernos en la tienda, nos dirigimos á la habitación

de Pierrotte. Al llegar al primer piso las fuerzas me abandonan y caigo sentado sobre una grada. Imposible seguir adelante. La cabeza me... Entonces Pierrotte me coge entre sus brazos, y en tanto que me sube á su casa, medio muerto y dando diente con diente á impulsos de formidable calentura, oigo el ruido del granizo al rebotar sobre los cristales del pasaje y el agua de los canalones cayendo con estrépito sobre el patio. Y va lloviendo, lloviendo. ¡Cómo llueve, Dios mío!

XVI

Termina el sueño

Poquita Cosa está enfermo; Poquita Cosa se muere. Ante el pasaje del Salmón han extendido una capa de arena, y al verla dicen los transeuntes:

—Por allá arriba se estará muriendo algún viejo ricachón.

No es viejo ni ricachón el que se muere: es Poquita Cosa. Todos los médicos le han desahuciado. Dos fiebres tifoideas en un par de años son demasiado para que la resista un cerebro de pájaro-mosca como el suyo. ¡Ea, aprisa, que enganchen el coche fúnebre! ¡Prepare la langosta de marras la varilla de ébano y ensaye su contristada sonrisita! Poquita Cosa está enfermo; Poquita Cosa se muere.

¡Ved cuánta consternación reina en la antigua casa Lalouette! Pierrotte no duerme, los ojos negros andan desesperados, la señora de gran mérito hojea con frenesí el manual de Raspail, y se encomienda al bienaventurado San Alcanfor, rogándole obre un nuevo milagro en el pobrecito enfermo. El salón junquillo permanece cerrado, mudo el piano, enclavada la flauta. Pero lo más aflictivo y desgarrador, es una mujer vestida de luto sentada en los rincones de la casa, haciendo calceta desde que amanece hasta ltá noche y llorando todo el día sin despegar los labios.

Y mientras en la antigua casa Lalouette no se oyen si no quejidos y lamentos, Poquita Cosa permanece blandamente acostado en anchuroso lecho de plumas sin percibir, ni sospechar siquiera, que á su alrededor se viertan